

OVIEDO, José Miguel. *Historia de la literatura hispanoamericana*. 3: *Postmodernismo, vanguardia, regionalismo*, y 4: *De Borges al presente*. Madrid. Alianza. 2001, 583 y 492 páginas.

Empezaré con un juicio que para mí, y para muchos, es un hecho: los dos primeros tomos de esta Historia de José Miguel Oviedo (1. *De los orígenes a la emancipación*, 1995, y 2. *Del romanticismo al modernismo*, 1997) supusieron un cambio de calidad radical en los materiales disponibles para el estudio y la enseñanza de la literatura hispanoamericana. La escala en sí del proyecto de Oviedo fue impresionante, e inaudita en un género que se ha destacado últimamente — y comprensiblemente— por obras colectivas y una consiguiente multiplicidad de puntos de vista, en ocasiones enriquecedora pero demasiadas veces lastrada por la desigualdad y la dispersión. Una visión de conjunto diseñada con inteligencia, unidad y una vasta erudición; un vaivén hábilmente tejido entre texto y contexto; una claridad sintética sin perjuicio de las complejidades; la precisión y a la vez la profundidad de los análisis sobre temas y autores específicos, fraguados siempre en diálogo con otros críticos; la escueta utilidad de las bibliografías que clausuran cada apartado; la amenidad y la gracia perspicaz de las presentaciones; la conciencia a flor de texto de las dificultades de la tarea del historiador, de las limitaciones e inevitables parcialidades de su perspectiva, y en consecuencia, la disposición no sólo de comentar sino abiertamente de juzgar, de trastocar y reelaborar los cánones existentes: todos estos elementos aseguraron que los dos tomos ocuparon de inmediato un lugar central, imprescindible, en la biblioteca de cualquier estudioso de la literatura hispanoamericana. Desde luego, no hay libros más manoseados en la mía.

Es normal, por tanto, que se haya esperado con impaciencia la continuación y la culminación del proyecto, y las expectativas —con alguna reserva, que mencionaré al final— se han cumplido. Hay en estos dos abultados tomos (aun más abultados que sus predecesores) la misma seriedad e inteligencia, coherencia macroscópica y delicadeza minuciosa, la misma flexibilidad para arrostrar los enredos de la periodización y la terminología —donde ejerce Oviedo un sentido común insólito: ya se sabe de sobra (sobre todo en estos temas) que es un sentido bien poco común—. Como antes, la Historia abre caminos por todas partes; transmite, además, en cada página un palpable apasionamiento. Da gusto leerla y da ganas de leer más, de encerrarse en la biblioteca, desempolvar volúmenes de autores olvidados, descubrir a los desconocidos y redescubrir a los que ya se conocen. No hay introducción mejor a los movimientos literarios de la modernidad hispanoamericana (postmodernismo, regionalismo, realismo mágico, etc.) y a muchos de sus grandes escritores: Quiroga, López Velarde, Eguren, Vallejo, Borges, Rulfo...

Huelga decir que el siglo XX es un campo minado para un historiador de la literatura: la criba del tiempo ha establecido un canon medianamente reducido para las épocas de la Colonia y del siglo XIX, y las alteraciones o reformulaciones pro-

puestas por Oviedo han podido ser debatidas con la frialdad de la distancia; el siglo XX, en cambio, terminó ayer o anteayer y cada lector, cada estudioso que se acerque a estos últimos tomos, se acercará con intereses y juicios y pasiones (a veces, ardientes) que entrarán en inevitable conflicto con los del historiador. Es sano, desde luego, que sea así, y no me cabe duda de que se suscitará una viva y merecida polémica, sobre todo porque Oviedo vuelve a sus juicios lapidarios, elogiando y descalificando, ensalzando y desinflando con el mismo desparpajo de antes. Pone las cosas en su lugar, como tiene que ser en un género que por definición —y aunque no lo diga: muchos no lo dicen, dejando colar juicios como hechos— establece jerarquías. Aquí, por eso, los escritores cometen *pecados*, ganan *méritos* y a la vez ocasionan *deberes*, que se van señalando, a los críticos. Oviedo tiene plena conciencia del poder canonizador de su Historia y lo ejerce como tal.

Unos cuantos ejemplos serán suficientes, empezando con los ‘desfavorecidos’ en esta reestructuración del canon. Delmira Agustini, al margen de sus «ocasionales rebeldías o explosiones», siguió «atada de pies y manos al paradigma literario del modernismo» y «su gran pecado literario fue resignarse a ser tradicional cuando pudo ser original» (III, 31); de Porfirio Barba Jacob «no esperamos mucho» (97); en la obra de Luis Carlos López «hay que espigar mucho para encontrar algo que conserve cierto interés» (97-98). Clemente Palma es reprochable por no comprender ni a Eguren ni a Vallejo (106), y Pedro Henríquez Ureña por no saber apreciar a López Velarde y por haber sido ministro de Trujillo (150). La poesía de Gabriela Mistral es repetitiva, cansina, monótona: «su emoción parece quedar estrangulada por el ritmo monocrorde de su andadura versal» (275); del «mito» de Juana de Ibarbouro, *Juana de América*, queda poquísimo (276); sobre Bioy Casares acecha la frivolidad, y «a veces su parodia de la trivialidad de la vida porteña puede ser trivial ella misma» (IV, 43); el neoindigenismo de Manuel Scorza sería más bien un *retroindigenismo* por el uso de metáforas «llamativas, aparatosas, de dudoso gusto y con un trasnochado aroma ultraísta» (99); y respecto a Manuel Mujica Láinez, Oviedo afirma que «es por su rareza, no por su importancia, que merece un párrafo» (101).

En cuanto a los ‘favorecidos’, si Evaristo Carriego y Baldomero Fernández Moreno son poetas más bien previsibles y menores, se rescata a su coetáneo y compatriota Enrique Banchs, quien «sigue sin lograr la difusión que merece entre el público contemporáneo»; en definitiva, «la crítica de hoy tiene el deber de incorporar su poesía a la tradición lírica contemporánea de nuestro continente» (III, 76). Otros inmerecidamente olvidados o marginados son Abraham Valdelomar (82), José Antonio Ramos Sucre —«su anacronismo, dice Oviedo, se ha convertido en actualidad» (94)—, Rafael Barrett (116), Baldomero Sanín Cano —una «gran figura que hay que redescubrir» (122)— y el enigmático B.Traven (553). Un caso particularmente iluminador es el de Alfonsina Storni, que Oviedo establece —en una larga y apasionada celebración de su obra— como una poeta central en el ‘canon’.

Hablar de Storni conduce a uno de los temas espinosos de cualquier historia literaria: el papel, tradicionalmente minoritario, de las mujeres. Llamen la atención, aquí, los sucesivos apartados dedicados a *las* poetas. Esta parcelación resulta, como bien lo sabe Oviedo, polémica, pero también es comprensible, sobre todo si se recuerda que aunque esta Historia se publique en Madrid, ha sido escrita en Estados Unidos, es decir, en un mundo (no sólo académico) en que el feminismo y los ‘estudios de género’ tienen un protagonismo mucho mayor que en España. Por eso, antes de considerar la obra de Mistral, Storni y de Ibarbourou, Oviedo abre las puertas al tema con cautela y su habitual perspicacia. Primero, destaca el «fenómeno significativo» de la repentina importancia de estas tres poetas en la segunda década del siglo. En seguida, introduce la idea generalizada de que la contribución de las mujeres a la literatura hispanoamericana ha sido «habitualmente relegada o negada». Pero la refuta: aunque reconozca que la presencia masculina en historias y antologías es dominante, «es difícil citar siquiera un caso en el que el talento femenino expresado en concretas obras literarias haya sido objeto de olvidos deliberados». El problema se debe más bien a las condiciones sociales, que han impedido que escriban o publiquen muchas mujeres, y a la pereza crítica que ha resultado en tantos estereotipos y clichés. A continuación, niega la existencia de una *literatura femenina*: «los autores tienen sexo, la literatura no (...)»; esta afirmación suena hoy a herejía, pero igual la hacemos» (III: 249-251). Ahora bien, habría que preguntar por qué, entonces, insiste en estudiar la poesía de mujeres por separado. Se entiende, quizá, que así suceda con las ‘fundadoras’, pero ¿es necesario unir en un mismo apartado a Olga Orozco, Idea Vilariño y Blanca Varela (204-212)? ¿No deberían estar, por ejemplo, Orozco con Enrique Molina, Vilariño con Benedetti, y Varela con compañeros de generación en el Perú como Sologuren y Eielson? Oviedo dice que no, que tienen más en común entre ellas. Y tal vez tenga razón. Pero si es así, ¿no está confirmando la noción de una literatura femenina en Hispanoamérica?

Esta Historia, lo señalé antes, provocará. Si no enjuiciara, si no polemizara, no sería la obra imprescindible que es. Puedo no estar de acuerdo a momentos, pero el criterio de Oviedo es el de un lector privilegiado en su visión, su sensibilidad y su erudición: siempre se está explicando, fundando sus argumentos, develando sus motivaciones, justificándose. Pero hay un ‘defecto’ que salta a la vista en estos tomos: una cantidad de erratas y errores intrascendentes —y algunos, hay que decirlo, de más peso— que no existían en los anteriores y dan cierta impresión de apresuramiento. El texto termina con dos fechas: «Enero 22, 2000; revisado en agosto, 2000». ¿Ha sido tiempo insuficiente para revisar una obra de esta magnitud? Me gustaría pensar que saldrá, a su tiempo, una segunda y revisada edición que haga plena justicia a su papel de historia cónica, punto de partida modélico y polémico para alumnos, profesores e investigadores de la literatura hispanoamericana.

NIALL BINNS

*Universidad Complutense de Madrid*